

da abajo aquella máquina á consecuencia del plan de Tacubaya, el gobierno establecido en virtud de éste no quiso desprenderse de tan leal servidor, y le colocó de tesoro general del tabaco, cuyo destino llenó hasta el 30 de Marzo de 846; que una pulmonía le condujo al sepulcro. El Sr. Cortazar, enlazado por parentesco ó amistad con las primeras familias de México, de trato dulce y maneras caballerosas, estaba dotado de un tacto exquisito para juzgar á las personas y á las cosas, prendas que no á todos concede la Providencia, y que él siempre empleó en provecho de la patria en que vivió la primera luz.

—[Cop.]

Corte 1° Congregación del municipio de Mezquitic, partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Corte. Rancho de la prefectura y municipalidad de Santiago, Territorio de Tepic.

Corte. (Véase río Coatzacoalcos).

Cortés de. Rancho de la municipalidad de Hueytamalco, Distrito de Teziuflán, Estado de Puebla.

Cortés (Los). Rancho del municipio de Matchuala, partido de Catorce, Estado de San Luis Potosí.

Cortés (Banco de). Océano Pacífico. Sobre este notable bajo-fondo, que se halla á gran distancia de nuestras costas del Pacífico, y por consiguiente fuera del litoral de la República, creemos, no obstante, conveniente formar un capítulo especial, extracto de las descripciones contenidas en algunas obras hidrográficas, pues se encuentra en la línea de tránsito de San Francisco á nuestros puertos del Golfo del mismo nombre, y de nuestra costa en dicho Océano.

Según el "Piloto del Pacífico," compilación inglesa de datos hidrográficos en las costas occidentales de México, fué descubierto ese banco por el capitán Cropper, del vapor americano "Cortés" (por lo que se le dió este nombre) en 1853.

Su posición geográfica es entre 32° 24' y 32° 32' latitud N., y 118° 59' 30" y 119° 17' 30" longitud O. de Greenwich.

Se extiende por consiguiente en dirección E. cuarta al Sud á O. cuarta al N. unas 15 millas, y tiene una anchura media de 3½.

Su fondo es de lo más irregular, y según los planos que hemos tenido á la vista, varía en él la profundidad entre un máximo de 50 brazas y un mínimo de 2½ sobre un fondo generalmente muy sólido, formado por una mezcla de arena, conchas casi pulverizadas y coral menudo en su extremidad S.E., y de arena mezclada con fragmentos de conchas en su parte N.O.

Según el capitán Cropper citado, esta notable protuberancia submarina es de origen volcánico, y parece encontrarse aún bajo el influjo de cierta acción volcánica. Dice este marino, que en derredor de todo el banco la mar se encuentra en estado de violenta agitación, aun en tiempo bonancible, formando con intervalos de 4 á 5 minutos, como columnas perpendiculares de agua, que él, en un principio, tomó por reventazón sobre rocas; pero con más detenimiento y observación, calificó de escarceo producido por otras causas, que no pueden tener otro origen que el de una acción volcánica, aunque las materias de su fondo levantadas con el escándalo no dan testimonio de formación de ese genero.

Como á 5 millas de la extremidad S.E. de este banco, y como á la mitad de su anchura en dirección N. cuarta E. á S. cuarta al O. se encuentra su parte más baja y más peligrosa, y que es conocida con el nombre de Roca del Obispo; Peña ahogada en 2½ brazas, alrededor de la cual, en todas direcciones, aumenta el fondo gradualmente.

La mera posición geográfica de esta roca es: 32° 25' 45" latitud N. y longitud 119° 5' O., demorándole al N.O. cuarta al N. 57 millas, la extremidad N.O. de la isla de San Nicolás, y al N.E. cuarta N. 46 millas la extremidad S.E. de la de San Clemente.

Como á la medianía del Banco en su extensión de E.O. y á corta distancia de su nivel meridional, se encuentra otro lugar de muy corta profundidad, como 10 brazas, pero que no ocupa un espacio mayor de ¼ de milla cuadrada; y su posición aproximada: latitud 32° 26' 45" N. y longitud 119° 10' 30" O., demorándole el extremo N.O. de la isla de San Nicolás N. N.O. ¼ O. 54 millas y al S.E. de la de San Clemente N.E. ¼ E. como 50 millas.

Este bajo dentro del Banco demora de la Roca del Obispo O. ¼ N. 5 millas; y al N.O. del mismo, el banco asume una profundidad media regular de 49 brazas, así como entre él y la Roca del Obispo la sonda da por término medio 43.

Sobre el banco de Cortés la corriente es muy variable, y muchas veces tira en contra del viento N.O. con fuerza hasta de 2 nudos por hora, produciendo en todo tiempo un fuerte oleaje, y aun en tiempo bonancible formando violenta resaca sobre las rocas.

De parte de noche puede conocerse cuándo se está atravesando el banco, por el aumento de la marejada. En el reconocimiento minucioso que del banco se practicó en 1856 por la comisión hidrográfica de los Estados Unidos, se encontró que las corrientes más generales son las que tiran hacia al Sud y hacia al E., con una fuerza de 1½ á 1¾ nudos; pero en el informe respectivo nada se dijo respecto de los vientos dominantes en dicho paraje. El buque que conducía la expresada comisión fondeó en el bajo de 10 brazas, y en él permaneció 5 días al ancla.

El Banco de Cortés se halla en la línea ó derrotero de los vapores que trafican entre Panamá y San Francisco, y como antes dijimos, sobre el tránsito á los puertos mexicanos que aquellos vapores tocan.

La Roca del Obispo ya mencionada, debió este nombre al siniestro del clipper de ese nombre (Bishop) que sobre ella tuvo lugar en 1855. Se asignan á dicha roca dos picos agudos, cuyas posiciones han sido determinadas en el plano cuya copia es anexa.

Aun cuando se ha hecho, como se deja indicado, un prolijo reconocimiento de este escollo en toda su extensión, lo más prudente sería siempre cortar su trayecto, pues no sería extraño encontrar entre él alguno ó algunos otros peligros insidiosos, hasta hoy no marcados.

La posición de este banco, y la probabilidad de su origen volcánico, hacen presumir la existencia de otros de la misma formación á lo largo de las costas de la Baja California, en mayor ó menor distancia de ellas.

Cortés (Mar de). (Véase Baja California).

Cortés (HERNANDÓ).

I

Daba y tomaba enojos y ruido; ca era bullicioso, altivo, travieso, amigo de las armas, por lo cual determinó de irse á probar ventura.

GOMARA.—Cron. de N. E.

Es la historia del emperador Carlos V, la página de la historia del mundo que más abunda en acontecimientos nunca vistos, ni por los siglos que la precedieron, ni por los que la siguieron en el constante giro del tiempo, ¿Quién al recorrer los fastos de la nación española, no detiene sus miradas en esa época de lucha, así política como religiosa, en que el coloso del siglo XVI meditaba su proyecto de monarquía europea, y hacía una guerra encarnizada á los sectarios de la Reforma, para captarse la benevolencia de la Corte de Roma, atraerla á sus propósitos, y hacerla obedecer hasta sus menores deseos? ¿Quién no ve en el rival victorioso de Francisco I, en el vencedor de Pavia, al hijo predilecto de la fortuna, al hombre que destina el cielo para dar su nombre á un siglo, después de haberlo hecho estremecerse y acatar sumiso sus más ligeros é insustanciales caprichos? Todo contribuía entonces á aumentar su gloria; nunca se

habían visto tan brillantes hechos de armas, como los que entonces se vieron; ni nunca habían descollado tantos y tan diestros capitanes, como los que en esa época combatieron al lado del Emperador: la mirada del semi-dios engendraba héroes. Mas la gloria del reinado de Carlos V, quizá en lo que menos consiste es, en haber producido los famosos capitanes que le sometieron los países gastados de la caduca Europa; porque ¿quién en ese siglo de las grandes hazañas se para á contemplarlos, cuando por otro lado se presentan á su imaginación cuadros más nuevos, más vivos y animados en los valientes aventureros, que pasando los mares y exponiéndose á los azares de la fortuna, supieron ganarle en un mundo recién descubierto más reinos que sus antepasados le legaron, según la expresión de uno de ellos? Mientras él subía al trono, ellos atravesaban el Atlántico y ponían firmes el pie en el mundo de Colón; mientras él aprestaba sus armas y sus ejércitos para dominar á la Europa, ellos se aliaban con los pueblos más débiles de las nuevas regiones para combatir á los más fuertes; y en fin, cuando él, después de un sangriento combate exclamaba: esta mezquina parte de la Italia es mía, ellos le tenían ya sometidos imperios tan grandes como la Europa misma. Uno de estos capitanes, acaso el más distinguido, fué Cortés, el conquistador de una de las mayores, más ricas, y más hermosas partes del Nuevo Continente.

En el año de 1485, reinando en España los reyes católicos D. Fernando y D. Isabel, reyes de Castilla y Aragón, siendo los moros dueños todavía de Granada, y siete años antes de que Colón diera al mundo la mayor prueba de lo que puede el ingenio, nació en Medellín en Estremadura, un niño á quien llamaron Hernando Cortés, y cuyos padres fueron Martín Cortés de Monroy y D. Catalina Pizarro Altamirano, de conocida hidalguía, como lo prueban sus apellidos; pero de escasisima fortuna, quienes viendo con sumo pesar que su hijo crecía poco robusto y en extremo enfermizo, desesperaron de su vida, pues repetidas veces lo habían arrebatado ya en su niñez del umbral del sepulcro. En este estado pasó Hernando Cortés los catorce primeros años de su vida, en cuyo tiempo lo enviaron sus padres á Salamanca, para que pasado el estudio de la latinidad, se dedicase al de las leyes que debían asegurarle su porvenir. Dos años permaneció en Salamanca estudiando la gramática con un pariente suyo, al cabo de los cuales, fastidiado de una ocupación tan contraria á sus inclinaciones, abandonó aquella universidad, y volvió á Medellín en donde comenzó á descubrir su ánimo esforzado y emprendedor, y su carácter más hecho para el calor de las batallas, que para el reposo de las aulas.

Dos eran los caminos que se le habrían en esa época á la juventud española para ir en pos de la fortuna y de la gloria: la Italia y las Indias; en la primera, las banderas del Gran Capitán los conducían al triunfo; en las segundas, la estrella del polo era su guía hasta las playas, en donde sólo con su valor, no vacilaban en luchar con la ruda naturaleza de los nuevos países y con los pueblos esforzados que los habitaban. Cortés, joven de diez y seis años, vaciló antes de decidirse á seguir uno de estos dos caminos, vió el de la Italia, y le pareció bello; más contempló el de las Indias, por el que tantos tesoros se derramaban en España, y se decidió por este. Nicolás Ovando, comendador de Lares, pasaba á la sazón á la Isla Española (Haití), en calidad de Gobernador, y con él hubiera emprendido su viaje el joven Cortés, si no se lo hubiera impedido una enfermedad, resultado de uno de esos incidentes á que da lugar el fuego de la juventud. Hernando amaba á una joven de Medellín; quiso verla antes de partir: mas en su desgraciada excursión amorosa, dió una caída, de la que le resultaron unas cuartanas¹ que le impidieron emprender su viaje con

¹ Gomara Cron. de N. E.

Ovando, quien sin detenerse se hizo á la vela, el día prefijado. Este accidente imprevisto frustró por entonces la determinación del joven, quien después de su restablecimiento quiso pasar á Italia ya que no á Indias. Empezó, en efecto, su viaje; más habiendo llegado hasta Valencia, se detuvo y perdió un año en devaneos, y escaso de dinero, como dice Gomara, lo cual lo hizo volver presto á Medellín. Esta segunda vez, el año de 1504, siendo ya Cortés de diez y nueve años, se embarcó, en fin en San Lúcar de Barrameda, después de haber recibido la bendición de su padre, en la nave que Alonso Quintero fletó ese año con mercaderías para la Isla Española; y este fué el principio de la realización de su primer proyecto de viaje á las Indias. Salieron del puerto con viento próspero, y con él navegaron hasta la Isla Gomera (una de las Canarias), en la que se hicieron de provisiones para el resto del viaje, y siguiendo su camino, el mal tiempo las hizo engolfarse de tal manera, que faltos ya de víveres perdieron la esperanza de la vida, resignándose con una muerte casi segura. En este conflicto, el Viernes Santo de ese año vieron llegar y pararse en la gavia de la nave una paloma, que fué indicio de que no distaba ya mucho la tierra; y con esta esperanza caminaron otros cuatro días, al cabo de los cuales se oyó resonar, infundiendo el júbilo en todos los corazones, la voz de: "Tierra, tierra," pues tenían á su vista la Isla Española; y al día siguiente estaban ya en Santo Domingo.

Cortés se dirigió luego á la casa de Ovando, á quien no encontró allí, pues había salido de la ciudad á una expedición importante; mas quien á pesar de esto, cuando tuvo noticia de su llegada, mandó que se le diese parte en el repartimiento de las tierras, y que se le tratase como á persona de su aprecio. Cortés fué dueño en el acto de varios solares; y con su constante idea de amontonar el oro de que había oído decir estaban llenas estas tierras, quiso ir él mismo á recogerlo en persona; mas como se le hicieron palpar las dificultades que para ello había, se dió á la granjería, lo cual no le valió pocos miles de ducados. En este ejercicio pasó el tiempo que medió de fines de 1501 á 1511, en cuyo año fué con Diego Velázquez á la conquista de Cuba, hecha la cual, aumentaron sus riquezas con los nuevos terrenos que se le adjudicaron, de suerte que, como dice Gomara, fué el primero que tuvo *ato* y *cabaña* en la Isla. A ella arribó en ese tiempo también un tal Juan Juárez, natural de Granada, acompañado de su madre y de tres hermanas, que por ser las únicas españolas que había entonces en ella, eran cortejadas por todos los que habían venido á la conquista de Cuba; y una de ellas, llamada D.ª Catalina, lo era por Cortés, quien al principio, con las torcidas intenciones de tenerla por dama nada más, vino por fin á casarse con ella, cuando después de haber sido puesto en un cepo por este motivo, les dió una muestra de su carácter, rompiendo los cerrojos de la prisión, tomando la espada y rodela del alcaide, saltando por una ventana y yendo á refugiarse en la iglesia en presencia del mismo Velázquez que lo había puesto preso, y con quien no volvió á estrechar amistad sino después de varios acontecimientos, que al paso que prueban el arrojo y temeridad de quien dió lugar á ellos, no son el mejor abono de su conducta.

Aquí termina el primer período de la vida de Cortés. Desde su nacimiento hasta los catorce años de su edad, lo vimos enfermizo y luchando á cada paso con la muerte, como si esta vacilara en ahogar en sus primeros años á aquel coloso, que pasando los tiempos debía llenar el mundo con su fama; y lo vimos luego fastidiado de la vida escolar atravesar gozoso el Océano, realizar sus primeras ilusiones é ir descubriendo poco á poco su carac-

¹ Debemos creer que este sentimiento de avaricia dominaba á Cortés, cuando vemos que Gomara, el cronista de las cosas de Nueva España, que nunca lo abandonó, y que es sin duda su más apasionado, no sólo no lo niega, sino que lo asegura.

ter impaciente y aventurero, *ca era bullicioso, activo, travieso, amigo de armas, por lo cual determinó de irse á probar ventura*. Esta es la historia de su juventud turbulenta y licenciosa..... más olvidemos sus desórdenes, que la juventud de los grandes hombres es un día, comparado con los años maduros de su vida.

II

Era hombre de gran talento y destreza, valeroso, hábil en el ejercicio de las armas, fecundo en medios y recursos para llegar al fin que se proponía, sumamente ingenioso en hacerse respetar y obedecer aun de sus iguales, magnánimo en sus desiguales y en sus acedones, cauto en obrar, modesto en la conversación, constante en las empresas y paciente en la mala fortuna.

CLAVILERO.—Hist. Ant. de Mex. Lib. VIII.

En el año de 1517, Francisco Hernández de Córdoba, descubrió el Cabo Oriental de la península de Yucatán, que llamó Cabo Catoche; y habiendo vuelto al puerto de Axaruco (Habana), de donde había zarpado, con la noticia de las grandes riquezas que él sospechaba que había en estas tierras, por cuyas costas pasó cambiando frívolas huerías por oro y otras cosas de gran valor, inspiró á Diego Velázquez, gobernador á la sazón de Cuba, la idea de mandar á su sobrino Juan de Grijalva á reconocer aquellas costas. Salíó en efecto Grijalva con cuatro buques y doscientos soldados, reconoció la isla de Cozumel, y fué costeando hasta la embocadura del río Pánuco, de cuyo punto volvió á Cuba cargado de oro, y después de haber puesto por nombre *San Juan de Ulúa* á un islote situado á una legua de distancia de *Chalchiuhcuecan* (Veracruz), en donde fueron vistos por primera vez por los naturales del país, quienes enviaron luego una embajada á Motecuhzoma II, rey de México, dándole noticia y acompañándole unas pinturas de aquellos recién venidos, á los que esta nación, consultadas los oráculos, tomó por el dios Quetzalcoatl que según su tradición debía volver á su comarca después de haberlos abandonado muchos siglos hacía.

Impuesto Diego Velázquez de cuanto su sobrino le contó de aquellos países, pensó luego en mandar á ellos una expedición, que dirigida por un capitán esforzado, no sólo tuviese por objeto esta vez costearlos, sino internarse, tomar posesión de ellos por derecho de conquista, y arrancarles el oro á sus moradores; ¡tal era la sed de este metal que lo devoraba! Entre tantos aventureros como había entonces en Cuba, ninguno le pareció á Velázquez más á propósito para aquella empresa que Cortés, porque á un ánimo esforzado y emprendedor, y á un carácter constante é invariable, reunía bienes cuantiosos con que poder contribuir por sí mismo al sostenimiento de la expedición, y porque gozaba además en la isla de un prestigio de que todos los demás carecían. Fué, pues, nombrado Cortés capitán general de la armada que presto debería zarpar de Axaruco á las costas de Yucatán ó de Chalchiuhcuecán; y acupado desde entonces en los preparativos de aquella expedición, gastó la mayor parte de su caudal y contrajo deudas enormes. Publicóse su nombramiento por bando en la isla, y los principales habitantes de ella fueron en el acto á ponerse bajo las banderas del nuevo capitán, entre los cuales se contaban Pedro de Alvarado de Badoz, Cristóbal de Olid de Baeza en Andalucía, y Gonzalo de Sandoval de Medellín, que tanto se distinguieron después. Dispuesto ya todo, el 10 de Febrero de 1519 se hizo á la vela aquella armada, compuesta de once bajeles, cincuenta y ocho soldados, ciento nueve marineros, diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falconetes, y habiendo tocado en la isla de Cozumel, pasó adelante costeando la península de Yucatán, hasta llegar á la embocadura del río Chiapa en la provincia de Tabasco, por cuyo río se introdujo en bajeles menores hasta

saltar en tierra firme, desde donde se dirigió á una gran ciudad, que desde allí se veía, no sin ser entretanto acosada por las flechas y dardos de los moradores de aquellas playas. Llegados los soldados que componían esta armada á esta ciudad, la tomaron, y prosiguiendo en sus correrías fuera de ella contra los indios, se vieron precisados á dar una batalla decisiva el 25 de Marzo en la llanura inmediata, batalla de la que con su disciplina, sus armas de fuego y la agilidad de sus caballos, salieron vencedores, á pesar de que los tabasqueños los superaban en número. Cortés á la manera caballaresca, tomó luego posesión de aquella ciudad en nombre del emperador; abrazando la rodela, desvainando y empuñando la espada, dando con ella tres golpes en el tronco de un arbol, y protestando que al que aquello se opusiese, sucumbiría bajo los golpes de su acero. Convocó luego á los señores de la provincia, quienes atemorizados juraron prestar obediencia al rey de España, oyeron sumisos las primeras instrucciones de la religión cristiana de boca de Fr. Bartolomé de Olmedo, y presentaron por fin al temible capitán varios regalos de oro y veinte esclavas, entre las que iba la célebre D^a Marina, la intérprete y dama del conquistador, tan interesante en los acontecimientos posteriores: esta fué la primer victoria de Cortés, preludio de las que después alcanzó contra fuerzas mayores y más poderosas.

Por orden del capitán general, se hizo de nuevo á la vela la armada, tomando el rumbo del Poniente, y después de haber costeado la provincia de Coatzacoalcos, entró el 21 de Abril, Jueves Santo, en el puerto de San Juan de Ulúa; de aquí pasó Cortés á la costa, al día siguiente, en donde recibió la embajada y los regalos de aquellos naturales, prueba de su debilidad y de su temor; aquí formó el proyecto de fundar allí mismo una colonia, que al paso que le sirviese de refugio en caso de una retirada, fuese el depósito de los tesoros de aquellas comarcas y el punto en que se recibiesen los refuerzos de España y de Cuba. Recibió allí el mensaje y los regalos de Motecuhzoma, que habiendo sabido su llegada, había consultado á sus oráculos; acogió con benevolencia los regalos y la embajada de los totonaques, en que le invitaban á pasar á Zempoala su capital; y en fin, pasó á esta ciudad, en donde fué recibido con las demostraciones de la admiración y respeto de sus habitantes. Era el ánimo de Cortés demasiado altivo, y su ingenio en extremo elevado para haberse contentado con proseguir su expedición, como simple capitán nombrado por el gobernador de Cuba á quien tendría que dar cuenta de todos los pasos que para consumir aquella obra diese; y conociendo que la gloria de la expedición no debían redundar sino únicamente en su pro, obligó á los soldados á quienes había conseguido ganarse ya con su rara destreza, á que lo confirmasen en nombre del rey, en el mando así político, como militar, con entera independencia del gobierno de Cuba.

Llegado pues á Zempoala, con el nuevo nombramiento de sus soldados en nombre del rey de España, tuvo una conferencia con el monarca de aquella nación, de la que resultó que Cortés le prometiera auxiliarlo contra los mexicanos para que volviera á recobrar su nación la antigua independencia, perdida por las conquistas de Motecuhzoma; hizo alianza con los totonaques, los declaró libres de pagar el tributo á la corona de México, y comenzó á realizar en este punto el plan que su política le había inspirado, la alianza de los pueblos conquistados para dirigirse sobre el conquistador. Dió aquí una prueba de su sagacidad mandando á los zempoaltecos que aprehendieran á los cinco ministros que les había enviado Motecuhzoma, para reconvenirlos por haber hecho alianza con los extranjeros sin su consentimiento, y poniéndolos él luego en libertad, lo cual le valió nuevos regalos de Motecuhzoma, que con esta acción lo creyó su amigo, y el mayor apego de los totonaques que lo juzgaron su protector: derribó los ídolos de Zempoala, y decidió á una gran parte de sus habi-

tantes á abrazar el cristianismo: pasó luego á la costa á fundar su colonia, á la que llamó Villa Rica de la Veracruz, por las riquezas que allí encontró á su llegada, y por haber arribado á ella en Viernes Santo; escribió allí mismo una carta al Emperador, en que le daba cuenta de cuanto había hecho, suplicándole lo aprobase, y el 16 de Julio, después de haberse hecho á la vela Alonso Hernández de Portocarrero y Francisco de Montejo que llevaban las cartas al Emperador, destruyó las naves para obligar á sus soldados á seguir adelante, quitándoles así toda esperanza de volver á Cuba: acción nunca vista que bastará por sí sola á probarnos que dentro de su pecho no palpita un corazón meiguado.

Emprendió, en fin, su viaje á México, y el 16 de Agosto salió de Veracruz con cuatrocientos quince peones españoles, diez y seis caballos, doscientos *Tlamama*, (hombres de carga) y con alguna gente de los totonacos; pasó por Jalapan y Jocotla, y siguiendo el consejo de aquellos pasó primero á Tlaxcala que á Cholula; mas antes de decidirse á entrar en las tierras de aquella república, mandó un mensaje á su senado, pidiéndole el permiso de pasar. Este mensaje, que se reducía á decirles que venía á auxiliarlos contra el tirano de México, causó grande alarma en el senado, y en toda la ciudad, y sólo después de grandes discusiones se convino en permitirle la entrada, sin dejar de mandar por esto en pos de los españoles, cuatro mil otomites para que los atacasen. Cortés, que había aguardado ocho días en Ixtacmaxtilán la respuesta del mensaje, impaciente ya de su tardanza, se había internado hasta el límite que separaba los dominios de Tlaxcala y México, en cuyo punto la recibió, y habiendo notado á la sazón á los otomites que habían salido á combatirlo, cargó sobre ellos hasta derrotarlos, bien que en esta carga sacó dos caballos muertos y tres heridos, pérdida considerable si se considera el número de caballos que traía. Se acercó luego en su marcha á unas montañas, en las que había unas barrancas, y como los tlaxcaltecas, partidarios los más de Xicotencatl el viejo, que se había opuesto tenazmente á que se permitiese la entrada á Cortés, supiesen la derrota que los otomites habían sufrido, se dejaron ver luego en número de tres mil, arrojando flechas y piedras contra los españoles. En vano Cortés les protestó que no venía con miras hostiles; los tlaxcaltecas hicieron una retirada falsa para atraerse á los españoles á las barrancas é impedirles el manejo de su caballería y de su artillería, y cargaron allí sobre ellos en mayor número: los españoles se vieron bastante embarazados, y sólo después de muchos esfuerzos y por la destreza de su caudillo, lograron salir de allí, poder hacer uso de la artillería y de la caballería, y derrotarlos completamente. El 5 de Septiembre volvió á presentarse el ejército tlaxcalteca, compuesto según Bernal Díaz del Castillo, de cincuenta mil hombres; sufrió nueva derrota, y á la tercera, escarmentado ya, hizo la paz y se confederó con los españoles. Recibió entonces Cortés nueva embajada de Motecuhzoma, quien temeroso de que se aliara con los tlaxcaltecas en su contra y sin saber qué hacer, trataba de captarse la benevolencia del capitán español con valiosísimos presentes; recibió igualmente embajadas de los príncipes huejotzincos y de de Ixtlixochitl de Texcoco; y después de haber exigido la sumisión de los tlaxcaltecas al emperador, entró triunfante en Tlaxcala el 26 de Septiembre de 1519, queriendo luego que los tlaxcaltecas abandonaran su religión por la de Cristo, para lo cual intentó hacer con sus dioses lo que había hecho con los de Zempoala; mas advertido de su imprudencia desistió de su empeño. Bien asegurado de la alianza y buena fé de los tlaxcaltecas, prosiguió su viaje por Cholula, en cuya ciudad entró en medio de las aclamaciones de júbilo de sus habitantes; mas habiendo sabido por Doña Marina ser evidente que los cholultecas le fraguaban una traición, que pensaban acabar con los españoles y con los aliados, ayudados de veinte mil mexicanos que estaban

acampados á poca distancia, se irritó y mandó á los tlaxcaltecas y á los españoles, que arrojándose sobre los cholultecas, hicieran una espantosa carnicería en ellos, respetando sólo á las mujeres y á los niños. Sometidos los cholultecas y los tepeyaques al Emperador, recibió nueva embajada de Motecuhzoma; pasó á Tlalmanalco, en donde fué visitado por el rey de Texcoco, y de aquí pasó á esta ciudad obligado á ello por los príncipes de Acolhuacán. Siguiendo luego su camino llegó á Ixtapalapan, de donde pasó en fin, á México, en cuya ciudad entró el 8 de Noviembre de 1519, con grande admiración de todos sus habitantes y de Motecuhzoma mismo que salió á encontrarle, y le acompañó hasta el palacio de Axayacatl que había destinado para hospedarle.

Los seis primeros días de su llegada á México, los pasó Cortés ocupado en visitar al rey y en andar á su lado admirando las bellezas de la ciudad; mas pasados éstos se puso á pensar seriamente en la posición en que se encontraba allí; solo con sus tropas, y fiado enteramente en la buena fe de Motecuhzoma, fácil les hubiera sido á los mexicanos acabar con ellos á la menor insinuación de su soberano. ¿Qué partido debía seguirse? Otro capitán de ingenio menos perspicaz y de ánimo menos resuelto, se hubiera visto sumamente embarazado en este caso; más Cortés, á quien no paraban obstáculos, concibió la idea de apoderarse de Motecuhzoma; lo prendió en su mismo palacio, y lo condujo al cuartel que él mismo les había destinado: hecho temerario que sólo podía caber en ánimo tan resuelto como el de Cortés. Reducido el rey á prisión en el mismo cuartel de los españoles, quiso Cortés tenerlo allí en rehenes para que los mexicanos nada osasen en su contra. Así fué; mas Cacamatzin, sobrino de Motecuhzoma y rey de Acolhuacán, indignado por el tratamiento que los españoles daban á su tío, pensó libertarle de su tiranía dirigiéndose á México con un grueso ejército, proyecto que sabido por Cortés, pensó hacer otro tanto, dirigiéndose sobre Texcoco á castigar á su rey; mas disuadido de esto por Motecuhzoma, quien se veía en la dura posición, ó de ser víctima del furor de los españoles, ó del de su sobrino; este rey débil, degradado ya por tantas bajezas, se encargó de poner en manos de Cortés por medio de una traición á su sobrino, y Cacamatzin fué á poder de Cortés, quien le cargó de cadenas y lo envió á un oscuro calabozo y eligió nuevo rey de Texcoco. Viendo Cortés la sumisión de los mexicanos, les exigió, en fin, que prestasen obediencia á su rey, como lo verificaron Motecuhzoma y todos los nobles reunidos, no sin gran pesar suyo; pero obligados á ello porque juzgaban á los españoles descendientes de Quetzalcoatl, quien, según Cortés les había asegurado, era el monarca de Oriente, Carlos V; y no contento con esto les exigió también el que reuniesen una gran suma de oro para mandarla al rey de Castilla, como prueba del homenaje que de allí en adelante le prestarían.

Mas los nobles temieron, y comunicando sus temores á Motecuhzoma, le hicieron presente el grado de humillación á que habían llegado y la avilantez de los españoles, por lo que debía decir él ya á aquellos extranjeros, que la seguridad de sus pueblos exigía que saliesen ya de sus estados: así lo hizo Motecuhzoma, y Cortés por calmar por el momento el ánimo del rey, convino en abandonarlos, tan luego como se construyesen naves que los condujeran, por lo que Motecuhzoma le dió muestras de agrado; y como pocos días después unos mensajeros de las costas de Chalchiuhcuecan le trajesen unas pinturas que representaban buques, y gentes en todo parecidas á las de Cortés, se dirigió al capitán y mostrándoselas, le dijo que ya tenía buques en que partir. Cortés creyó al principio que eran los dos enviados que hacía un año había despachado con cartas al Emperador que volvían ya con refuerzo de tropas y con los despachos reales; mas habiendo recibido luego cartas de Sandoval, que había quedado de gobernador en la Veracruz, se desengañó, pues

vió que aquella armada compuesta de once navíos y siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes, más de quinientos marineros, doce piezas de artillería, y bien provista de municiones, venía al mando del capitán Pánfilo de Narváez enviada por Diego Velázquez contra él mismo, por haberse declarado único jefe de aquella expedición sin consentimiento, ni suyo, ni del soberano. La posición de Cortés al ver esto, fué sumamente embarazosa: Narváez, á quien le era preciso salir á combatir, amenazándole por un lado, y los mexicanos por otro destruyendo todas sus esperanzas, si él se alejaba. No obstante esto, su ánimo no desmayó, y mostrando más que nunca una constancia, una sagacidad y una diligencia heroicas, formó su proyecto, y sin comunicarlo, ni á sus mismos soldados, se apresuró á ponerlo en práctica.

Usó primero de la astucia, por ver si con dádivas y promesas lograba atraerse á su partido á los soldados de Narváez, y aun al mismo Narváez; mas viendo que esto era infructuoso, y no atreviéndose á admitir el socorro de Motecuhzoma, suplicó al senado de Tlaxcala que le aprontase cuatro mil soldados, envió á Tobilla, inteligente en la materia, á Chinantla para que pidiese 2,000 hombres y 300 lanzas, y á principios de Mayo de 1520, dejando el mando de las tropas que quedaban en México á Pedro de Alvarado, salió él con setenta españoles. Al llegar á Cholula se unió con el capitán Velásquez, que volvía de Goazacoalcos, recibió víveres y provisiones de Tlaxcala, mas no los cuatro mil hombres; poco ántes de llegar á Zempoalan, se le unió Tobilla con las 300 lanzas de Chinantla, y en un pueblo, distante tres millas de Zempoalan, los alcanzó el bizarro Gonzalo de Sandoval. Entraron de noche á la ciudad, asaltaron el ejército, lo obligaron á rendirse; Sandoval se apoderó de las personas de Narváez y Salvatierra, á quienes despachó Cortés á Veracruz cargados de cadenas, se hizo reconocer éste por capitán general, y al día siguiente, 27 de Mayo, se vió dueño de diez y ocho buques, dos mil soldados españoles, cien caballos con gran número de provisiones de guerra, y vitoreado por sus tropas y por los dos mil chinantecos, que no habiendo asistido al asalto, sólo habían llegado á ser testigos de su triunfo.

Con tales fuerzas, pensaba Cortés en nuevas expediciones á lo largo de las costas del Golfo, cuando llegó á frustrar sus designios la noticia de grandes trastornos ocurridos en México. Durante su ausencia, los mexicanos habían tenido que celebrar la fiesta de la incensación de Huitzilopochtli, una de las más solemnes, y que se celebraba con baile del rey y de las demás clases de la corte; y habiéndose dirigido al capitán Tonathiu para que permitiese salir al templo á Motecuhzoma, éste se negó á ello, y á lo más que accedió fué á que el baile se celebrara en el patio del cuartel en que ellos habitaban con él. Convenidos en esto los mexicanos, para evitar disturbios, se dirigieron allí, y reunida casi toda la nobleza, comenzó la fiesta, en medio de la que mandó Alvarado á sus soldados que se apostasen en diversos puntos, y que cuando los nobles mexicanos estuviesen más distraídos, los atacasen y acabasen son ellos. Así lo hicieron; multitud de nobles mexicanos indefensos fueron allí víctimas de la crueldad de un aventurero, y desde este momento se declararon las hostilidades entre mexicanos y españoles.

Irritados aquellos justamente, cargaron al día siguiente sobre el cuartel de éstos; mas contenidos por la presencia de su rey, determinaron no combatirlos sino por el hambre. Abrieron fosos al rededor del cuartel, y prohibieron que se les llevase ninguna clase de víveres, á aquellos que ya miraban como sus más mortales enemigos. En este terrible apuro, escribió Alvarado á Cortés, quien al saber las nuevas ocurrencias de México, aceleró su vuelta de manera, que el 21 de Junio entró en esta ciudad con noventa y seis caballos, mil trescientos soldados españoles y dos mil tlaxcaltecas, que se le unieron al pasar por aquella República.

Se dirigió al cuartel en donde salió Motecuhzoma á recibirlo; mas según dicen los historiadores, el soberbio capitán no se dignó fijar siquiera los ojos en el soberano de México, lo que lo apesadumbró en extremo: reprendió agriamente á Alvarado por su imprudencia; mas no lo castigó como debiera, por no hacerse un enemigo de un hombre de quien tanto necesitaba; y se dirigió luego á ver á Motecuhzoma, á quien hizo terribles amenazas si no mandaba en el acto que se le proporcionasen todos los víveres de que carecían. Motecuhzoma le contestó que no tenía á quien fiar aquella comisión, pues la mayor parte de las personas de quienes podía valerse, se hallaban como él, sin libertad, por lo que Cortés puso luego en libertad á Cuiclahuatzin, quien en vez de desempeñar la comisión de proporcionar víveres á los españoles, tomó el mando de las tropas mexicanas, y al día siguiente embistió el cuartel de Cortés, lo que obligó á éste á mandar á Diego de Ordaz que hiciese una salida para dispersarlas, como en efecto sucedió. El 26 del mismo mes se volvió á empeñar el combate entre mexicanos y españoles; y viendo Cortés la obstinación de aquellos, salió del cuartel, se encaminó peleando por una de las calles principales, se apoderó de los puentes, quemó algunas casas y se volvió á su cuartel con cincuenta españoles heridos, después de haber hecho un estrago formidable entre los mexicanos.

Desde la torre del palacio había observado Motecuhzoma tan sangrientos combates, y lleno de dolor por las calamidades de sus súbditos, llamó á Cortés, y le suplicó de nuevo que partiese cuanto ántes. Cortés contestó que partiría, si sus súbditos dejaban las armas; resolución que se inclinaba á tomar el general viendo lo escaso de víveres que se encontraba, pues apenas había los necesarios para que sus soldados mantuviesen la vida, y no para que adquiriesen las fuerzas suficientes para la pelea; mas al determinarse á salir de México, no pensaba abandonarla para siempre.

Con aquella respuesta, un día en que se había empeñado un obstinado combate entre mexicanos y españoles, habló el rey á sus súbditos, y les dijo: que si peleaban por su libertad, libre era él; pues estaba en su mano salir de allí cuando quisiese; si porque aquellos extranjeros abandonasen la ciudad, que dispuestos estaban ellos á hacerlo; que así, pues, dejasen las armas; mas uno de los de la multitud levantó entonces la voz, y llamándole cobarde y afeminado, tendió su arco y le disparó una flecha, visto lo cual por el pueblo, comenzó á llover tal número de piedras y de flechas sobre el infeliz monarca, que á pesar de estar cubierto éste por dos rodellas, recibió, según aseguran los historiadores, una pedrada en la cabeza, otra en una pierna, y una flecha en un brazo. Cortés tuvo entonces algunas conferencias con los nobles, conferencias que todos los historiadores callan, y concluidas tres máquinas de guerra que el general había mandado construir, salió el 29 de Junio por la mañana por una de las calles principales, con casi todas sus tropas y su artillería; y llegado que hubo á uno de los puentes, mandó que se acercasen á las casas las máquinas, y que comenzaran á obrar; mas la multitud de piedras que de las azoteas arrojaron sobre ellas, las despedazó pronto, y después de haber combatido los españoles hasta el medio día, sin haber podido pasar el puente, tuvieron que volverse turbados á su cuartel con un muerto y gran número de heridos: no obstante esto, el ánimo de Cortés no desmayaba; por el contrario, los reveses acrisolaban cada día más su constancia.

Orgullosos los mexicanos con esta victoria, cobraron brío; quinientos nobles se refugiaron en el templo mayor que dominaba el cuartel de los españoles, y desde allí los comenzaron á combatir, ayudados de las tropas que por todos lados rodeaban el palacio de Axayacatl. Viendo esto Cortés, y después de haber mandado un capitán con cien soldados que fueron rechazados, se deter-

minó á asaltar el templo él mismo, á pesar de una herida que había recibido en la mano izquierda en los combates anteriores.

Se dirigió á allá con parte de sus soldados, y después de grandes dificultades, logró llegar al atrio superior, en que se trabó una reñida contienda en que los mexicanos tuvieron una pérdida considerable de gente, y Cortés marchó á su cuartel victorioso tras haber pegado fuego á algunos de los santuarios del templo. Al día siguiente pensó Cortés retirarse por el camino de Iztapalapan; mas habiendo sido rechazado, dirigió aquella retirada que le era preciso verificar ya á toda costa, para el 1.º de Julio, en que después de haber consultado á sus soldados sobre la hora en que convenía hacerla, se adhirió al parecer de uno llamado Botello, que entre ellos tenía fama de astrólogo, y en cuyas predicciones fiaba Cortés demasiado, el que fué de opinión que se retirasen por la noche, lo cual ocasionó quizá el mal éxito de la retirada. Ordenado ya todo, se dirigieron por el camino de Tlacopan (Tlacuba); pasaron en buen orden el primer puente, mas vistos luego por los sacerdotes que velaban en el templo y que dieron el grito de alarma, fueron rodeados por todas partes por los mexicanos, que introduciendo el desorden, hicieron en ellos la más espantosa carnicería que hasta allí se había visto: les cortaron los puentes, de suerte que los soldados de Cortés unos caían al agua y otros sucumbían á los golpes de los enemigos, quienes los persiguieron hasta cerca de Popotla, á donde llegaron los pocos que quedaron, casi sin vida, y en donde Cortés, sentado en una piedra y debajo de un árbol, derramó lágrimas amargas por tantos valientes compañeros como en esa noche perecieron.

En extremo consternado Cortés con los sucesos de aquella noche, de eterna memoria para ellos, á la que después llamaron *Noche Triste*, por la melancólica impresión que dejó en sus ánimos, trató de apresurar su marcha á Tlaxcala con los pocos soldados que le habían quedado, para reponerse de pérdida tan considerable. Siguió su camino por Tlacopan, Azcapotzalco y Otomacpolco, y tomando luego el rumbo de Cuauhtlán y Citlaltepec, llegó á pocos días á la llanura de Tonampoco, en donde estaba situada la ciudad de *Otompan*, en que le esperaba con los brazos abiertos la victoria para hacerle cobrar ánimo y seguir adelante con su empresa.

En esta llanura descubrieron un ejército numerosísimo que se dirigía sobre ellos, el que si no era de mexicanos, era de aliados suyos, y que, según el mismo Cortés, en una de sus cartas, era de doscientos mil hombres. Al verlo la mezquina división de Cortés, hambrienta y sin fuerzas ya para combatir, juzgó que aquel era el último día de su vida; mas habiendo oído la voz del general, siempre arrojado, siempre resuelto, animándolos en una arenga breve, pero enérgica, recobró en parte su valor y entró al combate, como si en los días anteriores no hubiera padecido hambre, sed ni cansancio. Naturalmente los enemigos habían comenzado á arrollar á los españoles, quienes sin la más leve esperanza de triunfo, sentían que sus fuerzas se postraban cada vez más, infundiendo gran desconsuelo en el pecho del general, quien viendo que un acto de arrojo podía, ó acabar con ellos completamente, ó asegurarles la victoria, y recordando que aquellos pueblos huían desfavoridos tan sólo con perder al general y su estandarte, su ingenio, presto en sugerirle medios prontos, le inspiró el de arrojarse él mismo en medio de los enemigos, dirigirse al general, derribarle y arrancarle el estandarte. Así lo hizo; y después de haber encomendado á Alvarado, Sandoval, Olid y Avila, que le guardasen la espalda, se precipitó él en medio de los enemigos, acompañado de otros cuantos de sus soldados, destruyendo cuanto á su paso encontraban hasta que dió con el general, á quien derribó de un lanzazo, después de haber recibido una gravísima herida en la cabeza.

Salamanca, uno de los soldados que lo acompañaron, veloz como el relámpago, echó pie á tierra, y arrancándole el penacho, se lo presentó á Cortés, con lo que viendo las tropas mexicanas muerto á su general y perdido su estandarte, echaron á huir y los españoles cantaron victoria, gracias al denuedo y arrojo de su impertérrito caudillo y de un simple soldado. Tal fué el éxito de la célebre batalla de Otompan, dada el 7 de Julio, en la que perdió Cortés gran número de su gente, y de la que se puede decir que decidió de la conquista, porque menguando la excesiva confianza de los mexicanos, aumentó el brío desmayado de sus enemigos: Cortés dió en ella la mayor prueba de su ánimo constante, de su ingenio fecundo y de su valor indómito. En el campo del combate durmieron aquella noche, en la que Cortés mismo, á pesar de su herida, hizo la guardia para mayor seguridad.

Al día siguiente, 8 de Julio, continuaron su marcha y llegaron á Tlaxcala, en donde acabó de sanar Cortés de la herida, que poco antes lo había puesto en la puerta del sepulcro, y en donde se vió en peligro de ser abandonado por sus soldados, quienes teniendo presentes aún los funestos acacimientos de la noche del 1.º de Julio, trataban de persuadir al general que pasaran á Veracruz á aguardar socorro de España, ó de las islas. Cortés, con su elocuencia y persuasión, logró disuadirlos de su empeño.

De Tlaxcala pasó á hacer la guerra á Tepeyacac, Quaquechollan, Itzocan, Talatzinco, Tecamachalco y Tachtepec; y domeñadas estas provincias, emprendió su marcha á Tezcoco acompañado de sus pocos soldados españoles y de multitud de tropas de los aliados. En ese tiempo grandes ocurrencias había habido en México: Motecuhzoma había muerto y los mexicanos habían elegido por su rey á Cuiclahuatzin su hermano: éste había comenzado á fortificar la ciudad y á reparar lo destruido; había mandado un mensaje á los tlaxcaltecas, invitándoles á que se aliaran con ellos contra los españoles, á que aquellos republicanos contestaron con una negativa, y había muerto á los cuatro meses de su reinado atacado de viruelas, enfermedad desconocida hasta allí en aquellas comarcas, é introducida en ellas por un negro esclavo de Narváez, y á su muerte, en fin, había sido elegido rey su sobrino Cuauhtemotzin, joven de veinticinco años, poco avezado aún á las batallas; pero dotado en cambio de una energía y de un valor que asombraron á sus mismos enemigos.

Cuando Cortés salió de Tlaxcala para Tezcoco, el 28 de Diciembre de 1520, dispuso que se condujesen á esta ciudad las velas, jarcias, clavazón y otros materiales que habían quedado de los navíos que había destruido en Chalchiuhcuécan, para que se comenzase la construcción de los bergantines con las maderas y resinas que ya se habían mandado sacar de los montes. Resuelto á emprender cuanto antes la conquista de México, objeto de todos sus afanes, entró en la corte del rey Acolhuacán, y habiendo notado algunas novedades en el pueblo, en la nobleza y aun en el rey mismo, que le indicaron que los ánimos estaban predisuestos en su contra, destruyó al monarca reinante, y puso la corona al príncipe Ixtlixochitl, su adicto, á quien mandó traer de Tlaxcala, en donde le tenía detenido.

Se dirigió luego sobre Iztapalapan, de donde volvió á Tezcoco, sin haber hecho cosa de importancia; se confederó con la ciudad de Otompan, y á pocos días salió con gran pompa á recibir á los tlaxcaltecas que volvían con los restos de los navíos destruidos que sirvieron para los trece bergantines que se construyeron después. A principios de la primavera de 1521 salió de Tezcoco con veinticinco caballos, trescientos cuarenta infantes, seis cañones, treinta mil tlaxcaltecas, gran parte de la nobleza, y se dirigió á Xaltocan, y de allí por Quauhtlán á Tlacopan, de donde después de algunos días volvió á Tezcoco.